

**Últimos días de Cartago***Continuación*

## XV

Para terminar esta primera serie del artículo y dar principio á una nueva que se concretará de preferencia á la descripción é historia de los principales edificios arruinados, de los proyectos de reconstrucción, del estado de sitio y de muchos otros detalles que importa conocer, transcribo á continuación los principales párrafos de una extensa carta que se ha servido enviarme el modesto, honrado y lobarioso obrero don Gabriel Molina.

—«Espero que no volveremos á presenciar otra desgracia igual á la de aquella noche negra y fría del 4 de mayo, y menos quien como yo tuvo que lamentar la irreponible pérdida de una madre, toda amor y toda ternura y por cuya tranquilidad se me hacían gratas hasta las más rudas horas de constante trabajo.

En momentos del sacudión, yo estaba en el despacho de la cantina de mi inolvidable amigo y patrón don Francisco Laporte (q. e. p. d.), y salí á todo escape siéndome difícil llegar al centro del salón, porque lo andaba y lo desandaba, según era el movimiento de la tierra, y mientras tanto se desprendió un marco de puerta y me cayó encima, de medio lado, y allí me quedé, con esperanza de salvarme, pues todo se volcaba y se hacía pedazos con gran estruendo; vidrieras, botellas, estantería y fragmentos de calicanto de las paredes. El techo de esta sólida casa no se hundió. Yo creí que el mundo entero se había concluido, y cuando calmó un poco el temblor, salí despavorido á la calle; Ay!

dí gracias á Dios de que me había salvado pero sí me encontré casi sin camisa, bañado en sangre y ahogándome por la nube de polvo que se levantó de todas partes. Encontré á don Chico y familia vivos, hechos un puño, abrazados, y dando gritos de misericordia la esposa y los hijos, y procurando consolar al jefe de la casa, que no cesaba de repetir: ¡todo se ha concluido, todo se ha concluido! La muerte de don Francisco, acaecida no há mucho se debe sin duda á su fuerte impresión y á sus pérdidas en una edad bastante avanzada, y cuando ya sus fuerzas estaban muy gastadas para emprender de nuevo la tarea.

Quando me reanimé un poco salí en carrera, con dirección á mi casa que estaba á más de 800 varas, detrás de *La Soledad*, sin sombrero y cobijado con un delantal, enredándome en los alambres y tropezando con toda clase de escombros, pero con la fe viva de que encontraría salvas á mi madre y á mi hermana. Llegué á la casa, difícil de reconocer en la oscuridad y por ser todo aquel lado una confusión de ruinas, y ¡qué desolación! no poder saber dónde estaría mi querida madre. Me detuve para oír alguna cosa, y sólo reinaba en aquel lugar un profundo silencio. Al rato percibí unos ¡ayes! en la casa siguiente y me dirigí á allí: encontré al italiano Juan Sbrabati, socorriendo á Rafael S. Jiménez, que tenía una pierna prensada por una solera, y le ayudé como pude, en la esperanza de encontrar salva á mi familia. En se-

guida llegó llorando la esposa del señor Jiménez, y nos dijo que también la madre de ella, junto con un niño de *Sinforosa* y una niña de Sbrabati estaban aterrados. Esta señora me dió algún consuelo al comunicarme que momentos antes del terremoto, habían estado conversando las *dos viejitas* en la puerta de mi casa, sobre el gran miedo que tenían por haber temblado tanto ese día; y que mi mamá estaba en una de las gradas de la puerta, cobijada con una toalla; y que luego se despidieron, quedando mi madre en la posición indicada, y la de ella, en donde nos señalaba que podía estar. Oídas esas palabras consoladoras de la señora Anita A. de Jiménez, recordé que frente á La Soledad tenía un ranchito una familia Navarro, muy amiga de la mía, y supuse que por haber estado mi madre tan inmediata á la calle, habría tenido tiempo de huir para refugiarse. Llegué y de pronto se abrazó á mi cuello mi hermana, llorando con desesperación.— ¡Gracias á Dios! le dije, que te has salvado y ¿mi madre?—No sé de ella, me contestó; y juntos confudimos en aquella angustia nuestras lágrimas, porque tuve un triste presentimiento.

— ¿Dónde se encontraban Uds. en el instante del sacudión?—Yo estaba con mamita sentada en las gradas, y á poquito de estar con ella, se me ocurrió entrar con mil miedos á la cocina y traerle una taza de café, y estaba apenas tomándoselo, cuando se sintió el horrible meneón. Yo, aterrada corrí desatinadamente y cuando ya me había alejado á cierta distancia, me detuve, y no la ví, ni supe para dónde cogió. Esta nueva noticia alivió un poco mi congoja, y me dije: ¡puede haberse salvado, y talvez haya tiempo de socorrerla! Regresé con toda precipitación á contarle lo que me ocurría á mi inolvidable *don Chico*, brazo derecho mío, y que fué más que un amigo, un padre á quien siempre tendré que llorar. ¡Dios lo tenga en el cielo! No lo encontré

en el mismo lugar donde lo dejé antes, sino frente al Hotel Francés, abrazado con toda su familia. Sus palabras me dieron aliento, y á continuación volví á los alrededores de La Soledad por ver si alguien me daba razón de mi madre, y nadie absolutamente me ofrecía la menor noticia. ¡Oh noche de tan tristes recuerdos, en que no se oía ni se veía más que lo que tantas veces se ha referido!

Cansado y abatido me metí otra vez al rancho de la familia Navarro, donde determiné pasar el resto de la noche con otros vecinos: unos llorábamos, otros rezaban, y á cada temblor todos nos estremecíamos de miedo. Como á las 5 de la mañana, hora en que principiaba á haber claridad, me trasladé con mi hermana á registrar los escombros, cuando, ¡oh desengaño! me da un grito doloroso ella, diciéndome al mismo tiempo: *¡aquí está aterrada!* Efectivamente allí estaba, un poco fuera del cordón de la acera, pero no asomaba más que una pequeña parte de la cabeza. Con toda diligencia y cuidado fuí quitándole los grandes adobes que la cubrían; estaba boca abajo entre un charco de sangre, y hacia las caderas estaba prensada por el alero de la casa. Mi amor de hijo me impide decir cómo tenía la cara, los brazos y el cuerpo: había sido una verdadera mártir, y presumo que murió instantáneamente por que muchas veces en la noche anduve para allá y para acá, y no oí ni siquiera un gemido.

¡Oh tormento que llevaré siempre en el corazón!

En el mismo sitio donde la desaterré, la dejé tapada con una tabla, al cuidado de mi hermana, mientras yo iba á conseguir un ataúd, y con dificultades y súplicas logré obtener uno, toscamente hecho, y sin tapa. Sobre la marcha traté de buscar una sábana y tuve la dicha de encontrar á don Salomón Sauma, quien, conmovido de mi situación, se entró á su tienda en ruinas,

sacó una pieza de lino, y me regaló un corte para amortajar á mi madre. Siempre recordaré con cariño tan oportuno servicio. Volví pronto al sitio en que yacía el venerado cadáver, y en compañía de un hombre caritativo lo envolví y lo puse en el cajón. Solicité el auxilio de otras cuatro personas para que me ayudasen á llevarlo al panteón, pero ignoraba que había orden de conducir antes los muertos á la plaza del Cuartel, no sé con que objeto. Tuvimos que ir primero á aquel lugar y daba horror ver cómo estaba la tendada de muertos, los zopilotes sobre las ruinas del Cuartel, y un carnicero desguazando al lado una res, para distribuirla á la gente que pedía un pedazo de carne, que los empleados partían, talvez en el mismo punto de donde se acababa de levantar un muerto; pero así se lo disputaba el primero que podía, y salía muy contento. A poco rato se dió la orden de llevar los cadáveres al panteón, y el Coronel López tuvo la atención de darme cuatro hombres para el entierro. Partía el corazón ver cómo iba por la larga calle la mayor parte de las víctimas. Llegué con mi querida carga á su destino, y le pedí al pantionero una fosa, pero me fué imposible conseguirla. Entonces me resolví, á pesar de mi casancio, á hacerle

á mi madre una sepultura separada, con auxilio de otro hombre, y no pudimos darle al hueco más que dos varas de fondo, por lo mucho que temblaba y por el peligro de quedar también nosotros enterrados allí.

Cerrando eché la última mirada á aquellos restos; el llanto bañó de nuevo mis mejillas; y en mi desesperación me lamentaba de no haber sido yo también muerto, al reflexionar que mi pérdida era irreparable. Jamás se despintarán de mi mente, don Ramón, los recuerdos, de tanta cosa triste, y puede Ud. creer que me he tenido que sobreponer para complacerlo, porque esta misma carta va humedecida por mis lágrimas.

Cumplido aquel último deber de hijo, me retiré de la sepultura hacia el zanjón en que iban depositando aquella mortandad de gente, unos sobre otros, de cualquier modo, sin más doliente ni más nada. Y entonces tuve como un desahogo del alma, y me sentí ya más conforme con mi desgracia, al ver que había hecho por mi buena madre, que Dios tenga en su gloria, cuanto humanamente era posible, y al presenciar lo que se estaba haciendo allí con los demás.

Gabriel Molina"